RESEÑA
REVIEW

Recibido / Received	25 de mayo de 2021
Aceptado / Acepted	25 de mayo de 2021

Fundamentación de la teoría de la formación. Ensayo de una definición de lo pedagógicamente particular

Autor / Author
GUARDINI, Romano

Editorial / Publishing company
EUNSA, Astrolabio, Pamplona 2020, 91 pp

Hace ya tiempo que autores como Jean de Viguerie, Inger Enkvist, Gregorio Luri, José Sánchez Tortosa, Alberto Royo[1] y muchos otros han denunciado la —por otro lado evidente— demolición educativa emprendida en las últimas décadas por «la nueva pedagogía» o, por mejor decir, por el «pedagogismo», entendido como la aplicación acrítica —o ideológicamente intencionada— de teorías supuestamente científicas de determinados gurús de moda al ámbito educativo, tanto en su aspecto de instrucción como de formación. Las raíces de tales teorías pueden rastrearse en las corrientes del utilitarismo y el pragmatismo, en el complejo cientificista del siglo XIX —y del XX—, en el emotivismo del periodo romántico, por supuesto en la mitología del buen salvaje, en la ingeniería social, en la atmósfera materialista y —muy particularmente— en el relativismo cuya dictadura es cada vez más insidiosa. Hace casi un siglo, cuando se fundó en Ginebra el Bureau International d'Éducation en 1925, la pedagogía estaba en auge y no todos podían —o querían— ver algunas de las consecuencias devastadoras de determinadas propuestas que entonces se presentaban como novedosas y que desbordaron de modo irrefrenable y calamitoso en el fatídico «mayo del 68». Cuarenta años antes de esta fecha, justo en el fragor de las discusiones pedagógicas, en 1928, Romano Guardini publicó un artículo en el que, conciso y certero, centraba lo esencial de la discusión. El doctor Sergio Sánchez-Migallón, profesor ordinario de Ética en la Universidad de Navarra, lo ha traducido cuidadosamente para la colección Astrolabio de EUNSA, donde se ha publicado, precedido de un claro estudio introductorio del doctor Rafael Fayos Febrer, profesor titular de

[1] Cf., entre otros: Jean de Viguerie, *Los pedagogos. Ensayo histórico sobre la utopía pedagógica*, Encuentro, Madrid 2019. Inger Enkvist, *La buena y la mala educación,* Encuentro, Madrid 2011. Luri, Gregorio, *La escuela contra el mundo*, Ariel, Barcelona 2015; *La escuela no es un parque de atracciones,* Ariel, Barcelona 2020. José Sánche Tortosa, *Crítica del populismo educativo,* Akal, Madrid 2018. Alberto Royo, *Contra la nueva educación,* Plataforma Editorial, Barcelona 2016.

Antropología en la Universidad Cardenal Herrera CEU. Nuestro comentario intentará enmarcar los dos escritos —el de Guardini y el de Fayos— en el contexto del problema general de la pedagogía, al que ambos se refieren.

Durante toda su historia, en Oriente y en Occidente, al norte y al sur, los seres humanos han comprendido que su existencia, su supervivencia y su plenitud dependían en gran medida de eso que los griegos designaron con el nombre de *paideia* y que comprende, de modo general, la transmisión de todo lo que es necesario para desarrollar una vida lo más humana posible. Este es el noble origen de la pedagogía como ciencia de la formación de la persona. En la crisis de la modernidad, la pretendida autonomía de las ciencias llevó a su fragmentación y a que cada una de ellas se mirara a sí misma. Ese proceso, claramente desenfocado, ha conducido a que en el ámbito de la pedagogía exista un extraordinario caos en los diferentes aspectos de la *paideia*: se confunde la formación con la instrucción, o se las opone como irreconciliables; se privilegian determinadas capacidades en detrimento de otras; por turnos se olvida y desprecia el carácter intelectual, o moral, o estético de la formación; se reduce la labor formativa a una mera metodología mecánica y conductista, desligada de todo sentido; se vive obsesionado por el prurito de novedades; se delega la propia responsabilidad en las tecnologías —nuevas o no tan nuevas—; y a eso hay que añadir la cada vez más intensa perversión que supone que la pedagogía traicione la búsqueda de la verdad para venderse a las ideologías de la voluntad de poder. En este contexto, que ya era claro hace cien años, el artículo de Guardini tuvo y tiene todavía el enorme valor de centrar la cuestión en lo esencial: descubrir en qué consiste exactamente eso que llamamos «pedagogía», qué sentido tiene y cómo puede cumplirse. Es decir, redimirla del caos y reintegrarla en su elevada misión original.

Guardini estructura su texto en tres secciones. En la primera (51-54), enmarca el problema pedagógico en lo que llama «la esencia del desarrollo espiritual moderno» (51) y que consiste en la disolución de la unidad de la imagen medieval del mundo. Esta pérdida supone la necesidad de encontrar el fundamento autónomo de cada realidad. Así, la pedagogía aspira también a fundar su propia «autonomía crítica». Para que eso pueda tener éxito, la pedagogía debería descubrir «en qué consiste lo específicamente pedagógico» (53) y —para no quedar encerrada en su propio laberinto— encontrar la meta que le da sentido y que puede restituirla a «la integración natural en el todo». Para intentar resolverlo, en las secciones siguientes Guardini se preguntará sobre el impulso pedagógico (II, 55-64) y sobre el valor específico de la pedagogía —y por tanto su definición esencial— (III, 65-88).

El impulso pedagógico, según el profesor italogermano, surge de una necesidad profunda del hombre: la de «hacerse», que se da en una «doble tensión dialéctica» (56): uno llega a ser a partir de sí mismo y, para poder realizarse a sí mismo, uno tiene que ir necesariamente más allá de sí mismo. Al basar el impulso formativo en esta doble dialéctica (57), Guardini no solo exorciza los falsos dilemas que —en su tiempo y en el nuestro— oponen de modo excluyente los extremos de naturaleza y libertad y de individualidad y alteridad, sino que muestra también las posibilidades y limitaciones del carácter respectivo que estos extremos tienen —el orden de la libertad humana y de la apertura de la persona a la donación de sí— y propone con

ello una pedagogía *etsi Deus daretur*, a cuya luz el hacerse del hombre y formarlo encuentran su sentido pleno.

En la sección III, Guardini afronta la pregunta sobre «cuál es la esencia de la formación» —y la expresión misma muestra que nuestro autor identifica «pedagogía» con «formación de la persona»—. Para responder, parte del análisis crítico de tres definiciones que en la historia se han mostrado insuficientes: la formación como saber-conocimiento-instrucción; como praxis-actitud-carácter; como salud-fuerza-estética. Si cada uno de esos aspectos queda desligado de los otros dos —y opuesto a ellos— y, sobre todo, desligado y opuesto a su principio formativo elemental, llevará a reduccionismos —como muy bien muestran las modas pedagógicas de nuestro tiempo, que oscilan entre el racionalismo, el voluntarismo y el emotivismo—. Frente a esas pedagogías reductivas, Guardini propone fundamentar la labor formativa sobre la misma idea de «forma». El uso de este término y su comprensión —en la que se vincula la existencia con la verdad—, así como los «distintos niveles de ser» que le atribuye, bastarían para encuadrar a su autor en la muy fecunda tradición pedagógica —y antropológica y metafísica— que, a través del cristianismo, arraiga en la antigua Grecia, entre los pórticos del Liceo y los jardines de Academo. Ese vínculo pasa, naturalmente, como se ha dicho, a través de la fe cristiana, lo que implica que la «forma» en Guardini refleja la teología de la Encarnación. A imagen de ella, propone superar pedagogías modernas nihilistas que encierran a la persona en la *hybris* de «un titanismo de la finitud» (80) y en las que «no hay absolutamente ninguna formación» (78).

La alternativa propuesta es una pedagogía que —según el dinamismo de la Encarnación— tenga en cuenta y armonice el «movimiento y el encuentro», la «formación y la confirmación», «lo objetivo y el servicio». Esta tríada supone el rescate efectivo de la pedagogía de aquel caso al que antes se ha aludido: si el carácter dinámico de la existencia no es un movimiento sin sentido, sino que está ordenado a un encuentro real y enriquecedor con alguien distinto de uno mismo; si la forma que debe informar la propia existencia es acogida precisamente como propia, con libertad y entrega; si las realidades externas y ajenas implican la necesidad de salir de uno mismo, no para quedar disuelto en ellas, sino como una entrega de donación que nos trasciende y nos hace más grandes, entonces es posible armonizar todos los elementos de la formación personal con un principio verdadero de integración en el *ordo amoris*.

En la edición que reseñamos, este esclarecedor artículo de Guardini va convenientemente precedido de un diáfano estudio introductorio del profesor Rafael Fayos Febrer, titulado «Romano Guardini: Educador y pedagogo», y son precisamente estos dos aspectos los que dan la estructura fundamental del estudio. Así, tras un breve marco biográfico del autor italogermano y tras dar unas claves taxonómicas para la comprensión de sus obras, se afronta la experiencia educadora de Guardini: su labor formativa en asociaciones juveniles —especialmente en el proyecto extraordinario y fecundo del castillo de Rothenfels—, en su oficio de profesor universitario —sus cursos sobre la imagen cristiana de la realidad, en Berlín y Múnich—, y su ministerio de predicador —sus homilías y conferencias religiosas en esas dos ciudades—. Y como la experiencia en sí misma puede ser completamente opaca —y en ese

sentido estéril cuando no contraproducente—, a no ser que quede iluminada por la reflexión y se la comprenda en relación con la verdad, el tercer capítulo del estudio está dedicado a la labor de Guardini como pedagogo, es decir, como teórico de la pedagogía, como un pensador que, sobre la base de su experiencia viva, intenta descubrir la verdad de la labor formativa: su *essentia* y su *telos.* En consecuencia, el estudio toma como materia el texto de Guardini, lo enmarca en su contexto epistemológico y señala como claves fundamentales para comprenderlo dos ideas que sustentan continua y firmemente todo el pensamiento de Guardini: el contraste y la forma; dos ideas que le ayudarán a proponer, frente a la fragmentación polémica y reductiva de la modernidad, una *imago metaphysica* integrada armónicamente según un principio verdadero de orden. A la conclusión, que subraya la validez de la aportación de Guardini, Fayos añade una útil bibliografía de las obras del autor en castellano.

En 1965 el editor justificaba la reedición del texto de Guardini como una contribución valiosa para renovar la pedagogía, que «podría recibir nuevos impulsos si las tesis del trabajo de Romano Guardini se acogieran de nuevo y se desarrollaran» (89). A más de medio siglo de distancia, creemos que esa necesidad solo se ha intensificado, por lo que la publicación de esta obra es más que bienvenida. Si la pedagogía —es decir, no solo los pedagogos que se dedican a pensarla, sino sobre todo los educadores que tienen encomendada la grave y trascendente tarea de formar personas— quiere realmente salir del caos al que ha llegado y reencontrar su propia identidad y misión, hará bien en acudir a estos dos textos, el de Guardini y el de Fayos, meditarlos a fondo, y repensarse a sí misma al amor de su lumbre. ▮

ANTUÑANO ALEA, Salvador
Universidad Francisco de Vitoria